

EL DISCURSO CATÓLICO SOBRE LA FALSA CIENCIA.  
EL ECO DE LA REVELACIÓN EN EL ORDEN COGNOSCITIVO  
A TRAVÉS DE LAS PÁGINAS DE *EL CORREO*  
*DE ANDALUCÍA. NÚMERO LITERARIO*

POR

LORENA R. ROMERO DOMÍNGUEZ

*Universidad de Sevilla*

RESUMEN

En la coyuntura decimonónica finisecular, el periodismo católico va a emplear todas sus estrategias para oponerse a otra más de las expulsiones de las que está siendo objeto la Iglesia en las sociedades modernas. Si anteriormente el campo de batalla ha sido la política o la educación, ahora las miradas se dirigen a la ciencia, donde el dominio secular eclesial ha sido desplazado en favor del positivismo. En consonancia con estos planteamientos, la cabecera sevillana *El Correo de Andalucía* se orientará a descubrir el verdadero pensamiento científico en unas sociedades imbuidas del deslumbrante progreso material de lo técnico. Éste será el eje de las páginas siguientes, donde se analizará cómo la oratoria católica desacredita la falsa ciencia liberal y favorece el neotomismo animado por León XIII, con el objetivo de instaurar un marco sacro para una razón independizada de Dios.

PALABRAS CLAVE: Iglesia, Prensa, Ciencia, Historia del Periodismo, Positivismo, Neotomismo.

ABSTRACT

Last years of the nineteenth century the catholic press is going to use a great number of strategies to avoid one more expulsion, the Church is putting up with in the modern society. Science is the new arena (before was, however, Politic or Education), where the ecclesiastical supremacy is now out of place due to Positivism. According to the above said matter the diary of Seville *El Correo de Andalucía* exerts itself to discover the true scientific knowledge against the huge material and technical progress. Based on the mentioned idea, the article will

Ideología y propaganda  
Hispania Sacra 57 (2005)

show us an analysis about how the catholic oratory discredits the wrong liberal science in its diaries and reviews, at the same time that it promotes the Neo-Thomism, regarding to the intentions of Pope León XIII to establish a sacred meaning for the reasoning, that is more and more independent from God.

KEY WORDS: Church, Press, Science, Journalism History, Positivism, Neo-Thomism.

#### INTRODUCCIÓN:

La profunda transformación experimentada por las sociedades occidentales a consecuencia de la desmembración del poder teocrático significó en el terreno intelectual la conquista de la razón como fuente de conocimiento autónoma al margen de la fe. Tras la ruptura de la vieja estructura cognoscitiva medieval, la ciencia devino uno de los más preciados tesoros en el ideario de aquellos intelectos sensibilizados con la imparable realidad de los avances técnicos y, simultáneamente, cada vez menos interesados por las controversias suscitadas en torno al mundo sobrenatural. En este clima de pasión científica inaugurado durante el Renacimiento y consolidado gracias al positivismo decimonónico, la Iglesia hispana se sintió apremiada a desplegar cuantos medios conservara aún a finales del siglo XIX y en los albores del XX para mantener su tradicional papel como custodia del saber en un mundo peligrosamente secularizado y contrario a la presencia de la religión católica en ámbitos que no fueran exclusivamente privados.

Una vez superada la intransigencia del Concilio Vaticano I sobre materia intelectual con su simbólica proclamación de la infalibilidad papal, la estrategia de los prelados españoles se orientará en la coyuntura posibilista inaugurada por el sucesor de Pío IX en el solio vaticano, León XIII, a encontrar un régimen de transacción entre el conocimiento alumbrado por la inteligencia divina y el de inspiración racionalista animado por el empirismo positivista, al objeto de aceptar como mal menor la conciliación con unas sociedades inevitablemente seducidas por el liberalismo, antes que saberse completamente expulsados de otro ámbito más por parte de un laicismo contagiado a todas las esferas de la vida pública finisecular española.

En consecuencia con estos planteamientos, los esfuerzos comunicativos del título elegido para nuestro análisis, *El Correo de Andalucía. Número Literario*, publicación fundada en 1899 por el arzobispo Marcelo Spínola, responsable de la archidiócesis sevillana y sincero seguidor de las doctrinas de León XIII para dar respuesta a los acuciantes problemas de la creciente irreligiosidad de su tiempo, se orientarán a lograr la adhesión universal de la feligresía en torno a las indicaciones vaticanas sobre la actitud a adoptar ante los novedosos descubrimientos técnicos emanados de un pensamiento autónomo. El fin anhelado

por Spínola y quienes, como él, creen animosamente en la armónica convivencia alentada por el catolicismo posibilista, es desenmascarar el verdadero pensamiento científico descansado sobre coordenadas cristianas en unas sociedades modernas imbuidas del deslumbrante progreso material y exhortar a los católicos, como corolario de esta toma de conciencia, a adherirse a él en detrimento del inicuo positivismo.

Éste será el eje de las páginas siguientes, pues proponemos realizar un recorrido por las estrategias periodísticas elaboradas por el portavoz de los intereses católicos en la escena sevillana en su discurso sobre la ciencia, el punto hacia al cual dirigen todas sus miradas los pensadores, filósofos y sabios católicos preocupados por el grado de penetración de las consignas racionalistas, así como por su capacidad para corroer los cimientos del pensamiento cristiano sostenido sobre la Verdad Absoluta revelada por Dios a los hombres.

En sus planteamientos, la oratoria católica va a proponer un hilo argumental en el cual se exponen minuciosamente las opciones de lucha para desacreditar las «verdades» de la falsa ciencia liberal y favorecer la expansión de las doctrinas tomistas animadas por el posibilista León XIII. El objetivo de esta actuación será instaurar un marco sacro para una razón cada vez más peligrosamente independizada de Dios, pues sólo así se logrará frenar las nefastas repercusiones de esta actitud sobre el resto de las parcelas humanas.

## 1. LA CRUZ Y EL TELESCOPIO: ANTAGONISMOS ENTRE LA ESCOLÁSTICA MEDIEVAL Y EL CONOCIMIENTO MODERNO

### 1.1. La victoria de la autonomía racional y la conquista de la libertad científica

Desde el siglo XIII el problema fundamental del pensamiento había sido la polémica en torno a las relaciones entre la fe y la razón, cuyas tensiones evidenciaban el enfrentamiento entre la concepción cristiana de la vida y la transformación política, económica y sociocultural abanderada por el pensamiento moderno. La visión antropocéntrica y naturalista del hombre y del universo fue la primera constatación de que el paradigma religioso no tenía ninguna herramienta para combatir los ideales de la Modernidad y prevalecer, como siempre, en su papel de custodia legitimadora del conocimiento. El desarrollo de la ciencia fue decisivo para arruinar la filosofía medieval y aportar una imagen muy distante de la interpretación platónica y aristotélica de la naturaleza, suministradas por San Agustín y Santo Tomás de Aquino, respectivamente, máximos representantes del pensamiento cristiano del medioevo. La crítica a estas dos tradiciones y el re-descubrimiento de los grandes científicos griegos,

Ideología y propaganda  
Hispania Sacra 57 (2005)

interesados en cuestiones de tipo técnico-práctico, propiciaron el abandono de la visión teocéntrica de lo terrenal y la consideración esférica y finita del cosmos. El nuevo saber lo generaban, entre otros, hombres como Copérnico, Galileo, Kepler o Newton, quienes desplazaron las ideas científicas sustentadas sobre la hegemonía religiosa y sus limitaciones al raciocinio.

Al proclamar el cristianismo que poseía la verdad revelada por Dios, se negaba la capacidad racional del individuo y se convertía en incuestionable la intervención del Creador en la historia, la naturaleza y la vida del hombre. La fe era, por tanto, método de conocimiento y escudo ante lo desconocido, privaba a la facultad humana de sus potencialidades y establecía una fuerte dependencia de quienes tenían confiada la defensa del dogma en la tierra. La Iglesia lo sabía todo, ¿qué mejor argumento podía explicar la certeza de sus axiomas? Esta aseveración no contemplaba la posibilidad de error en la cosmovisión sacra porque dudar de lo comunicado por Dios a los hombres implicaba el pecado mortal de la herejía. Sobre este monolítico corpus ideológico se asentaba una colectividad sumisa, sensible a los mandatos religiosos y obligada a interiorizar el carácter sagrado de cuanto le rodeaba porque así se le ordenaba. Una sociedad, como muy bien ha retratado José Antonio Portero, a la cual la clarificación inteligible de lo terrenal se le tamizaba en el cedazo celestial:

La creencia en un poder misterioso que preside y da sentido a todo lleva aparejada la necesidad de acercarse en alguna medida ese poder a los hombres, si se pretende que estos, aceptándola la hagan operativa, o en otras palabras, que aquella construcción religiosa que gira en su torno goce de la plausibilidad necesaria para mantener su vigencia en la sociedad. Pues bien, ese acercamiento ha de producirse, de un lado, en términos inteligibles para el conocimiento humano, y de otro, conservando en el misterio la verdadera esencia de aquel poder, ya que en él consiste fundamentalmente su carisma<sup>1</sup>.

Estas afirmaciones eran escasamente sensibles al establecimiento de fronteras precisas entre lo dado por la fe y lo argüido por la razón y establecía como meta la búsqueda de la felicidad ultraterrena. Ante estos designios inmovilistas, el científico moderno experimentaba una auténtica frustración porque sus premisas de partida eran la autonomía racional y su independencia del dogma, al que dejaba paulatinamente de racionalizarse. Con estos planteamientos, el progreso científico, ahora empírico y experimental, se había convertido en una de las más poderosas fuerzas de atracción hacia la modernidad y se le reservaba un lugar clave en el avance de la humanidad. Con un saber liberado de la fe, el hombre actuaba bajo el único imperativo de lograr la felicidad y una existencia cómoda en el orden terrenal, aun a costa de sacrificar sus aspiraciones metafísicas.

---

<sup>1</sup> José Antonio PORTERO, *Púlpito e ideología en la España del siglo XIX*. Libros Pórtico, Zaragoza, 1978, pág. 39.

La nueva actitud intelectual cuarteaba con su heliocentrismo el universo eterno y estable sobre el cual la cosmovisión medieval había organizado de manera exitosa su teología. Esta sorprendente metamorfosis de las mentalidades europeas alcanzaría su máxima expresión en el movimiento de la Ilustración, donde la razón se erigió en «organon» para conocer e interpretar el mundo y ejercer la crítica. Una vez desplazada la estructura del antiguo régimen por el triunfo liberal en el contexto de la crisis de la conciencia europea, la alianza entre lo empírico y lo racional en el movimiento de las Luces se comprometió a sacar al individuo de la ignorancia en la que se encontraba sumido como consecuencia de los años de oscuro dominio eclesial. El hombre, la naturaleza, Dios, la sociedad, etc., todo era ahora analizado por y para el individuo desde los presupuestos de un entendimiento secularizado al margen de la trascendencia. La Ilustración venía a romper la tensión entre creencia y raciocinio, inclinaba la balanza del lado del pensamiento y reducía las grandes cuestiones filosóficas y el desarrollo de la ciencia a una perspectiva exclusivamente humana. La razón abominaba de las explicaciones sobrenaturales y centraba su esfuerzo en reducir las verdades teológicas a cenizas de una cosmovisión anacrónica según la cual se había ordenado tradicionalmente la vida sociopolítica de la humanidad.

Si la revolución cognoscitiva del siglo XVIII había resquebrajado la legitimación sacra, la centuria decimonónica halló en el positivismo un elemento clave para desplazar la religión gracias al reconocimiento de lo empírico como única realidad conducente al progreso. Del mismo modo que se había tratado en momentos históricos anteriores de configurar un nuevo orden sobre las premisas del teologismo, el humanismo, el mecanicismo, el racionalismo, etc., el fenómeno industrial ofrecía la esperanza de racionalizar las potencialidades humanas tomando como referencia saberes muy prácticos capaces de dominar la naturaleza. La ciencia sometida a su faceta más utilitaria venía a aplacar, mediante la reducción del conocimiento a lo sensible, la angustia causada por la desaparición del teologismo y por la insuficiencia del racionalismo. Como naturaleza del saber, el positivismo proponía una concepción del mundo asentada sobre la observación de lo inmediato; lo dado a los sentidos era el único objeto posible de conocimiento, lo demostrable era lo existente, y esta perspectiva establecía un modo sustancialmente distinto de enfrentarse a la comprensión e interpretación de una realidad modificada por las revoluciones burguesas y por la industria.

A pesar de su fuerte enraizamiento científico, no deseaba quedar reducida esta corriente exclusivamente a una cierta sistematización del saber, sino que aspiraba a convertirse en un sistema de valores desde el cual enjuiciar la sociedad del momento. Así concebido filosóficamente, como modo de «positivizar» la vida del hombre sobre los progresos materiales de la edad técnica, la Iglesia

Ideología y propaganda  
Hispania Sacra 57 (2005)

sintió la obligación de ofrecer desde las filas católicas una alternativa para protegerse contra la falsa ciencia anticristiana. La respuesta se exigía, además, con celeridad, pues el innegable progreso positivista no se limitaba a un conocimiento especulativo organizado sobre un conjunto de ideas no demostrables, sino que gracias a su carácter experimental podía conectar zonas distantes miles de kilómetros, disminuir la tasa de mortalidad, optimizar la producción en los enclaves fabriles con la aplicación de las nuevas fuentes energéticas, etc.; en definitiva, podría mejorar la existencia terrena y hacer olvidar al hombre su feliz recompensa prometida por Dios en el más allá.

## 1.2. El florecimiento de la escolástica medieval como contraofensiva de la Iglesia

En el contexto de un auténtico entusiasmo científico por todo lo técnico, pocos argumentos podía exhibir la Iglesia para desvirtuar el innegable progreso de la razón experimental. Se había demostrado el fracaso de los más intransigentes para frenar la expansión positivista<sup>2</sup> y, por ello, la oposición eclesial decidió no convertir ambas realidades en motivo de desunión de la humanidad sino conciliar fe y ciencia al amparo del posibilismo propuesto por León XIII. La necesidad de armonizar ambos métodos de conocimiento venía de la incontestable capacidad científica para mejorar la existencia terrena de las sociedades avanzadas. La Iglesia sólo podía aportar contra este irrefutable argumento la tesis de que «*la Fe es amiga y protectora de las ciencias*»<sup>3</sup>, estableciendo un marco sacro para el desarrollo de la misma (lo experimental no debía sobrepasar el límite teológico) mal avenido con la independencia anhelada por las corrientes secularizadoras. La emancipación del pensamiento, la apertura hacia la libertad académica, la introducción de las ideas krausistas, etc., todo servía para recrudecer la polémica entre quienes utilizaban estas conquistas como símbolo de la independencia científica en el proceso secularizador y los que, desde el bando contrario, las rechazaban fervorosamente.

Aun cuando el espíritu de conciliación fuera el abanderado por León XIII en su encíclica *Aeterni patris* (1879), donde se significaba como papa de las cruzadas intelectuales, en muchos pensadores católicos dominaba todavía el

---

<sup>2</sup> Esta actitud se plasmaba en el primitivo escepticismo del Concilio Vaticano I, cuyas principales resoluciones dogmáticas fueron la infalibilidad papal y la proclamación de la preeminencia del orden sobrenatural sobre el racionalismo, el ateísmo, el materialismo y el panteísmo.

<sup>3</sup> Crónica del Tercer Congreso Católico Nacional Español celebrado en Sevilla (Discursos pronunciados en las sesiones públicas y reseña de las memorias de trabajo presentadas en las secciones de dicha asamblea celebrada en Sevilla en octubre de 1892). Est. Tip. de El Obrero de Nazaret, de C. de Torres y Daza, Sevilla, 1893, págs. 846-847.

recuerdo de la suspensión del Concilio Vaticano I y un cierto escepticismo ante lo que ellos consideraban un dogmatismo antirreligioso. Este panorama de intransigencia es retratado, por ejemplo, por Cándido Ruiz Rodrigo en su obra al abordar la situación científica en la España decimonónica:

El debate se polariza en España en torno al binomio Libertad-Verdad. La primera como factor inexcusable del progreso individual y social y la segunda como guía para la perfección tanto terrena como sobrenatural, originándose así dos posturas aparentemente irreconciliables. De un lado, la doctrina liberal, según la cual la autoridad eclesiástica no debía entorpecer, ni poner cortapisas a la autoridad científica, con lo que la renuncia a la fe se hacía necesaria si se quería conseguir hacer ciencia, cuestionándose desde esta perspectiva, el valor científico positivo de la verdad revelada. Y de otro lado, la postura eclesial, para la cual carecía de sentido sostener la libertad científica y menos todavía su defensa por parte del Estado, pues el hombre tiene un solo fin único, de eterna salvación, al cual deben de concurrir ambos<sup>4</sup>.

Desde las filas eclesiales más tolerantes se aseguraba, por el contrario, la inexistencia de antagonismos y la correlación entre ambas verdades siempre y cuando no se tratara de aquel saber exclusivista, endiosado e ignorante de la fe. Las justificaciones para tal argumento se referían a la armonía entre el orden sobrenatural y el terrenal, así como a la imposibilidad de conflicto entre dos métodos de conocimiento con objetos de interés distinto aunque similar fin a la hora de «*glorificar a Dios y completar la perfección humana*»<sup>5</sup>. ¿Por qué debía ser imposible investigar y profesar el catolicismo? La principal respuesta se sustentaba sobre la constatación de la existencia de misterios incomprensibles que debían ser acatados por su origen divino y no por haber llegado a su convencimiento tras la aplicación del método deductivo o inductivo. La imposibilidad de demostrar experimentalmente ciertas verdades (el origen de la vida, por ejemplo) no entraba en colisión con los avances científicos porque las reflexiones desde el catolicismo se supeditaban al dogma, que «*está por encima de las cuestiones que se ventilan en el campo de las ciencias*»<sup>6</sup>. La fe como estímulo del saber corregía sus errores y defendía una misión supletoria para la ciencia, encargada de llenar los vacíos dejados por la revelación, si es que algo escapaba al sistema religioso de explicación total.

Se trataba de entender razón y fe como fuentes de conocimiento diferentes y autónomas pero obligadas a ayudarse mutuamente. Desde el respeto a la

<sup>4</sup> Cándido RUIZ RODRIGO, *Escuela y religión. El pensamiento conservador y la educación (Valencia 1874-1902)*. Nau Llibres, Valencia, 1991, pág. 49.

<sup>5</sup> Cayetano FERNÁNDEZ Y CABELLO, «Los modernos descubrimientos astronómicos en sus relaciones con la doctrina revelada. Lo que se debe creer, lo que se puede opinar y lo que conviene sentir o admirar en vista de esos mismos descubrimientos», en *Crónica del Tercer Congreso...* Op. cit., pág. 717.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pág. 721.

tradición y la solidez doctrinal, la teología tomaría del pensamiento racional su organización interna como sistema de proposiciones y las armas dialécticas para la demostración o refutación de afirmaciones. Si la razón llegaba a conclusiones incompatibles con la fe, ésta aparecería como norma extrínseca para validar la falsedad de dichos planteamientos. En estos términos era imposible un conflicto real entre los hallazgos del intelecto y las exigencias de la fe cristiana, porque todo choque aparente procedería de un error de la razón.

Esta síntesis entre ambas vías reaparecía a finales del siglo XIX en ese florecimiento de la escolástica que recuperaba el ejemplar esfuerzo realizado en el siglo XIII por Santo Tomás de Aquino en su obra *Suma Teológica*, donde se venía a señalar que el conocimiento humano se originaba en los datos proporcionados por la experiencia sensible y que su ámbito de acción era, por tanto, lo material. El edificio cognitivo se erigía, pues, de abajo arriba y para satisfacer el conocimiento de Dios, realidad inmortal, se acudía a las verdades reveladas gratuitamente añadidas al intelecto humano. Los aciertos de la doctrina tomista para restaurar moralmente el conocimiento en las sociedades originaban una auténtica exaltación de la figura del santo cristiano en los albores del siglo XX, como recoge el siguiente testimonio:

Sto. Tomás, que erguido en medio de los siglos, en el punto de intersección de las dos edades científicamente consideradas, en el ocaso de la sociedad feudal que desaparecía, y en los albores de la vida moderna que se anunciaba, sí sintetizó lo verdadero, lo bueno y lo bello de la pasada, no presintió menos los peligros de la venidera, y poniendo sobre los inmutables fundamentos de la religión los sillares de la sabiduría, levantó la pirámide de la ciencia, para que las generaciones que debían sucederle, arrastradas por el torbellino de las pasiones, extraviadas en el desierto de la vida, tuviesen un punto a donde volver los ojos para orientarse y emprender su rumbo en busca de la verdad que enseña, de la bondad que santifica, de la belleza que eleva, y que unidas en unidad absoluta en el seno de Dios, constituyen el fin de toda doctrina y de toda ciencia dignas de este nombre...<sup>7</sup>.

Lo que se había pretendido con esta nueva actitud ante lo empírico era superar a través de una moral religiosa de inspiración moderna y tolerante la anterior sumisión de la razón a la fe, según la cual sólo se hacía inteligible lo que previamente ya se creía, descartándose, por tanto, el conocimiento derivado de los datos proporcionados por la experiencia sensible. Dicha realidad era, sin embargo, aceptada por los sabios católicos de esta tendencia posibilista, aunque en su periplo científico no pudieran rehusar la obligación de calificar

---

<sup>7</sup> Palabras de Alejandro Pidal y Mon recogidas en CUADRADO ARANDA, Ruperto: «Memoria», en Crónica del Tercer Congreso Católico Nacional Español celebrado en Sevilla (Discursos pronunciados en las sesiones públicas y reseña de las memorias de trabajo presentadas en las secciones de dicha asamblea celebrada en Sevilla en octubre de 1892). Est. Tip. de El Obrero de Nazaret, de C. de Torres y Daza, Sevilla, 1893, pág. 788.



lo dado a los sentidos como inferior en su relación con la trascendencia del origen divino del individuo. Por ello, seguían construyendo los cimientos de su ciencia sobre el favor de Dios, independientemente del empleo de herramientas del método racional.

El mensaje final de estas argumentaciones se ofrecía contundente a los fieles: la constricción sin más a lo sensible negaba la esencia sagrada del hombre, hecho a semejanza de Dios, y cerraba los ojos a toda realidad ultraterrena. La nueva ciencia garantizaba la liberación de la ignorancia pero no aseguraba la salvación eterna. Además, el sustento exclusivo del positivismo sobre la libertad destruía todo concepto de moral<sup>8</sup> y establecía una tolerancia que restaba legitimidad a sus descubrimientos, al excederse en sus funciones y obviar el conocimiento de la dimensión trascendente que era, en última instancia, a lo que todo buen católico debía aspirar.

Si a pesar de la condena propalada por la jerarquía eclesiástica la ciencia decidía mantenerse firme en su marginación de las indicaciones infalibles del dogma, como de hecho sucedió, desde el sector religioso se aprestarían a publicitar en voz bien alta los errores a los que aquélla estaba condenada y no faltarían medidas encarriladas hacia la consecución de la inevitable conciliación de intereses entre ambos modelos de conocimiento. En las universidades católicas europeas de Lovaina, Lille o Friburgo y en sus correspondientes publicaciones periódicas explicitaron muchos de los intelectuales cristianos su posición ante la polémica. Otras veces fueron los Congresos Científicos Internacionales de Católicos los encargados de armonizar las dos realidades (París, 1888 y 1891; Bruselas, 1894; Friburgo, 1897). En la misma línea surgieron las academias y sociedades donde se formaron muchos de los apologistas que posteriormente trataron de demostrar en sus obras el acuerdo entre la verdad científica y la fe cristiana<sup>9</sup>. La acción privada de los escritores católicos se

<sup>8</sup> El saber no podía estar sometido a los vaivenes de las sociedades presentes si quería construir un sistema moral de normas invariables, porque resultaba imposible sustentarse sobre algo tan caprichoso como las apetencias del espíritu humano. Era necesario recurrir a la experiencia de la tradición y a la dimensión trascendental del individuo para articular un sistema respetuoso con la esencia católica hispana y justo para cualquier individuo.

<sup>9</sup> El interés suscitado por estas cuestiones tenía un claro reflejo en la asiduidad con que la polémica científica era abordada por numerosos pensadores católicos en sus obras. La nómina de los mismos incluía nombres como Joaquín Sánchez Toca (*Ensayos de religión y política*), Juan Manuel Ortí y Lara (*La ciencia y la divina revelación o demostración de que entre las ciencias y los dogmas de la religión católica no puede existir conflicto*), Ceferino González (*Estudios religiosos, filosóficos científicos y sociales*), el Padre Mendive (*La religión católica vindicada de las imposturas racionalistas*), Comellas y Clouet (*Demostración de la armonía entre la religión y la ciencia*), Mir y Noguera (*Armonía entre la ciencia y la fe*), Rubio y Ors (*Los supuestos conflictos entre la religión y la ciencia, o sea la obra de Draper ante el tribunal del sentido común, de la razón y de la historia*), al canónigo de la Iglesia Metropolitana de Valencia Alonso Perujo (*El apologista católico*).

complementaba con la labor pastoral de los responsables de las diócesis españolas, quienes daban a los fieles instrucciones precisas sobre cómo adecuar sus creencias a los descubrimientos modernos. Asimismo, los certámenes de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, las discusiones en los ateneos y en los círculos intelectuales eran otro lugar común del movimiento científico cristiano para defender la doctrina y refutar los errores. También las revistas tuvieron su importancia a la hora de armonizar la revelación con los adelantos técnicos y tras la publicación de la encíclica leontina en el año 1879 irrumpieron en la escena periodística *La ciencia cristiana*, de Ortí y Lara, *La ciencia católica*, órgano de las Academias tomistas de Barcelona y Sevilla, o la *Revista agustiniana*, transformada en *La ciudad católica* en vísperas del Congreso de Sevilla.

El indicio más evidente, no obstante, de que el tema no agotaba las posibilidades de controversia fue su inclusión como sección específica en los Congresos Católicos, donde se reflejaba la preocupación eclesial por los asuntos relativos a la libertad humana en el terreno científico. En las exposiciones de sus memorias y trabajos, religiosos y laicos se apropiaban de la autoría de los modernos descubrimientos bajo el auspicio del dogma y perseguían el consenso y posterior unión de los creyentes en torno a cuestiones tan fundamentales para el ideario católico como era la armonía entre el conocimiento y la fe. En clara oposición al racionalismo, el objetivo era hacer de la Iglesia la única depositaria de la verdad y la suprema institución con autoridad para informar de la ciencia y el progreso, olvidando aquellas doctrinas que desestimaban la autoridad papal.

## 2. EL PAPEL DE LA IGLESIA EN LA DEFENSA DEL CONOCIMIENTO

### 2.1. La polémica científica y los niveles de un debate de trascendencia nacional

El dilema entre progreso y reacción en la España decimonónica había profundizado la brecha abierta entre raciocinio y fe en las postrimerías del siglo y hacía sentir entre la intelectualidad nacional más avanzada el abismo que separaba al país de la civilización moderna europea. Los diques impuestos al saber por el pensamiento tradicional se enfrentaban al ímpetu secularizador en su osadía por rescatar la razón humana de la doctrina católica, cortapisa y lacra del conocimiento humano. La nueva actitud intelectual y científica cuarteaba con su autonomía el mundo eterno y estable, el cosmos finito y ordenado sobre el cual la mentalidad medieval había organizado de manera exitosa su teología.

Ideología y propaganda  
Hispania Sacra 57 (2005)

Con este panorama, la versión cristiana de la verdadera ciencia se había manifestado en diferentes actitudes según la coyuntura sociopolítica. Así, por ejemplo, con el recuerdo aún reciente del Concilio Vaticano I —cuyas principales resoluciones fueron la infalibilidad papal y la preeminencia de lo trascendental sobre el racionalismo, el ateísmo y el materialismo— era comprensible que dominara en el intransigente ánimo de ciertos católicos la apologética y la contrasecularización cognoscitiva. Desde esta estéril actitud hasta el posibilismo de León XIII, quien trató de inundar la vida científica nacional de tolerancia, hubo de recorrerse un largo camino en un ambiente de escepticismo ante la hegemonía materialista y con encarnizadas luchas entre vías de conocimiento irreconciliables.

La disyuntiva cristiana en este terreno quedaba abierta: o la condena sistemática como espectadores instalados en la atalaya de los axiomas, o el intento de bajar al valle de las realidades para intervenir en el juego científico, como apostaba Marcelo Spínola, promotor de la publicación elegida para nuestro análisis, en su sincera adhesión del posibilismo leontino en materia científica. Mientras los católicos se decidían, el liberalismo consolidaba la libertad como factor irrenunciable del progreso moral y social del individuo y arrinconaba a una Iglesia aferrada a la verdad como guía insustituible de la auténtica perfección humana al margen de los avances técnicos. Si progreso y tradición no eran realidades armónicas, en opinión de los hombres de ciencia católicos más exaltados, ¿cómo podía el pensador ser cristiano y dignificar el saber sin restar libertad a la razón humana? ¿Implicaba esta premisa la necesidad de renunciar a la fe si se quería hacer verdadera ciencia, como había declarado Draper en su *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*? El dualismo entre la independencia racional, corolario de la doctrina secularizadora, y el temor ante el derrumbe de la existencia eterna humana exigía una solución desde la óptica eclesial tolerante, la cual intuía un ineficaz contrasentido en el deseo más reaccionario de ahondar la herida intelectual. En la observancia de esta voluntad se daban los primeros pasos para vencer las resistencias y reconciliar ambas vías en el convencimiento de que el verdadero saber no podía divorciarse de la fe, siendo este prejuicio una mentira propalada por la falsa ciencia positiva y, paradójicamente, favorecida en su extensión por el oscurantismo religioso de quienes no deseaban darse por enterados de la inevitable presencia de los avances tecnológicos emanados de un pensamiento autónomo.

Con estas premisas, la polémica tuvo uno de sus lugares favoritos en la prensa diaria, donde se ofrecía uno de los aspectos más sugerentes de la discusión por la riqueza de matices de los artículos de fondo, colaboraciones o editoriales de las cabeceras dispuestas a pronunciarse día a día sobre la contienda cognoscitiva. Las publicaciones periódicas suscitaban preguntas y respuestas a las discusiones interminables en las Cámaras o en los ateneos y liceos

Ideología y propaganda  
Hispania Sacra 57 (2005)

científicos, acaloradas aportaciones debidas a la fidelidad de los rotativos a la línea ideológica del partido o grupo al cual se les vinculaba. En ella se confrontaban los puntos de vista acerca de las cuestiones más conflictivas que, si no se resolvían en la práctica, bien es cierto que obtenían de los «periodistas» decimonónicos el análisis y la búsqueda de soluciones más o menos adecuadas a los requerimientos del país. Si la premura era el tono de los artículos publicados en los rotativos, el lenguaje reposado y la exposición razonada elevaban su profundidad en las publicaciones especializadas en temas científicos y pedagógicos, folletos o libros que inundaron junto con la prensa la escena pública con la intención de sensibilizar a la población.

Los políticos, hombres de grupo o partido enfrentados con una hostilidad de tonos subidos en la tribuna de las Cámaras y de los rotativos, no fueron los únicos en utilizar la prensa para dilucidar sus inquietudes en torno al saber y su difusión, sino que los intelectuales del momento también encontraron en las cabeceras diarias un canal bastante adecuado para hacer partícipe de sus impresiones a una ciudadanía poco atenta a las reformas científicas que ya circulaban, aunque tímidamente, por el país. Eminentes figuras del mundo de la cultura, la filosofía o el periodismo participaron directa o indirectamente en estas discusiones que, aunque alejadas de su ámbito propio de estudio, les alcanzaban en cuanto factor clave de su función regeneracionista. En este sentido, fueron fecundos en analizar y criticar una sociedad que se había olvidado de pensarse históricamente, impulsada por la vertiginosidad de la primera y la segunda revolución tardíamente acometidas, pero impotente a la hora de aportar soluciones al frustrante atraso nacional.

En este contexto, tampoco escapó a los católicos la grandísima utilidad de emplear las tribunas de la actualidad para defender las buenas doctrinas y rebatir los sofismas de los enemigos de la fe. De este modo, entendieron que no sólo bastaba llenar con sus indicaciones los periódicos diarios (por la premura de tiempo característica de su proceso de redacción), sino que era imperativa la fundación de revistas que fueran un eco fiel del movimiento científico en sus relaciones con la revelación, aunque sin desatender todos los adelantos de las ciencias útiles a la humanidad. Así lo constata *El Correo de Andalucía. Número Literario* en su ejemplar 103 cuando reseña la aparición de «Razón y Fe», «una Revista científico-religiosa, redactada por Padres de la Compañía de Jesús», cuyo fin «es cooperar, al lado de otras publicaciones católicas, a la defensa de la Religión y al esclarecimiento de la verdad, tan oscurecida hoy en todos los terrenos, especialmente en el religioso y social, con daño gravísimo de la prosperidad temporal de los pueblos»<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> «Razón y Fe» en ECA. N° L., 5 de agosto de 1901.

Consciente de que las pretensiones anatematizadoras apenas si tienen vigencia en el proyecto científico modernizador acometido por las naciones occidentales avanzadas, el discurso inserto en el número literario sobre una publicación como la que se encarga gustoso de presentar se orienta a resaltar las bondades de unas páginas que, de modo eficaz y provechoso, difunden los trabajos de la filosofía tomista y se esfuerzan por discutir la verdad a la luz de la fe sobrenatural, como es de recibo en la concepción racional de lo sagrado contenida en las sublimes doctrinas del catolicismo. Teniendo como meta última trabajar por el bien intelectual y moral de la península, los propósitos de la susodicha revista y de otras similares, así como su difusión y estabilidad, eran motivos recurrentes en los trabajos y memorias presentados en las secciones de los congresos católicos finiseculares, donde se luchaba por impugnar en la teoría y en la práctica los errores que con su portentoso aparejo técnico se oponían a la difusión de la sabiduría escolástica y al fortalecimiento de una iluminación espiritualista de las ciencias naturales y sociales. Ésta era la reclamación insistente del portavoz católico en la capital sevillana, en cuyas páginas latía el anhelo de llevar el tomismo científico al mayor número posible de individuos para no quedarse en la huera crítica ideológica encerrada en las páginas de su órgano periodístico.

A la luz de unos resultados que el suplemento no disimula exagerar, la cabecera se complace en informar a sus lectores pocos números después de los éxitos cada día más crecientes de *Razón y Fe*, porque la solidez y la luminosa claridad con que en este título se tratan las más candentes y delicadas controversias agitadas en el mundo intelectual la colocan «a la altura de los mejores periódicos que de su índole se publican en el extranjero, dándole sin disputa el preeminente lugar entre todas las revistas españolas»<sup>11</sup>. En consonancia con su magnificada superioridad moral como instancia productora del conocimiento, esta afirmación se incluye sin que para refrendar dicho argumento se aporte siquiera la tirada de la publicación católica y de sus oponentes, necesaria si se quiere proceder a una comparación sistemática entre ambos grupos de publicaciones —las alineadas con la «buena prensa» y las ubicadas en posiciones opuestas, a favor de la «mala»— y obtener los resultados de los que se jactan en las páginas del suplemento. De modo completamente contrario, el ensalzamiento de *Razón y Fe* como único órgano autorizado por la cristiandad en cuestiones científicas se convierte en una manifestación más de la infalibilidad del dogma católico, y así lo retrata en sus columnas el portavoz periodístico del arzobispado sevillano.

Si desde el punto de vista filosófico se ha tratado de convertir la creencia en una fórmula para aprehender en último término la existencia de Dios al mar-

---

<sup>11</sup> «Razón y Fe» en ECA. N° L., 16 de diciembre de 1901.

gen de los métodos científicos y de las pruebas de laboratorio, se actúa de similar manera a la hora de reconocer el aporte definitivo de la revista científico-católica reseñada. De este modo, se desprestigia cualquier otra publicación que ose aventurarse en el conocimiento sin atender a la intrínseca naturaleza divina del mismo y se desaconseja su lectura entre aquellos que se tengan por buenos católicos y fieles seguidores de las indicaciones vaticanas. Ésta es la mejor prueba, desde la óptica católica, de la utilidad e importancia de disponer de cuantas publicaciones se pueda para contrarrestar la expansión irrefrenable de los modernos métodos de investigación y análisis, tenidos por irreligiosos ante los requerimientos de un marco sacro para el desarrollo de la ciencia. Aliados con las doctrinas revolucionarias, se magnifica lo despreciable de las teorías independientes de la religión y no es difícil percibir en este discurso una de las principales tácticas de la retórica empleada para acercarse a los fieles como es la evidencia del error en las articulaciones filosóficas dispuestas a negar el carácter sagrado de todo cuanto rodea al hombre. Poner en duda esta verdad descalifica la sublime inteligencia de las personas, sus aptitudes y procedimientos, así como sus actos o producciones. La prueba certera del equívoco se advierte a cada paso, constata la publicación, que el lector se introduce en el estudio del liberalismo y de su correlato científico, el materialismo exacerbado hasta límites imposibles por el positivismo.

## 2.2. La consolidación del neotomismo científico como alternativa a la independencia de la razón

La publicación de revistas científicas para defender el dogma católico no fue, sin embargo, la única medida aprobada por el tercer Congreso Católico Nacional celebrado en la capital hispalense en 1892<sup>12</sup> (en sintonía con las conclusiones sancionadas en anteriores citas congresuales), sino que a través de la tribuna del periodismo religiosos y seculares esperaban también reconducir la producción del conocimiento hacia la convergencia entre teología católica y método empírico racional. Su voluntad ansiaba imponer el objetivismo como evidencia de sus metas, pero sin perder en ningún momento el respeto a la tradición, la solidez de la doctrina y la consideración de que el saber no podía entenderse al margen de la religión.

Si alguna duda alberga el ánimo de los pensadores católicos y del resto de los fieles a la hora de acatar la posibilidad de esta conjunción entre pensamien-

---

<sup>12</sup> El propio Marcelo Spínola, en ese momento obispo de Málaga, era el presidente de la Sección Cuarta del tercer Congreso Católico Nacional. En ella se abordaban los «Asuntos de carácter científico-religiosos» y contaba para ejercer sus labores presidenciales con la ayuda del secretario Ricardo Checa y Sánchez, catedrático de la Universidad de Sevilla.

to y fe, el ejemplo internacional es el mejor modelo para España al objeto de resaltar la capacidad de lograr tan provechosa unión en el ámbito cognoscitivo, según apostilla la publicación en un significativo artículo titulado «El movimiento neo-tomista», firmado por el anónimo P. C. PBRO. en la *Revue Neo-Scolastique*, y cuyo alto grado de interés ha originado su traducción e inclusión en las páginas del semanario literario. La cabecera belga de la que se nutre en esta ocasión la línea ideológica del arzobispado hispalense señala, como órgano del Instituto Superior de Santo Tomás de Aquino erigido por León XIII en Lovaina, las gravísimas dificultades contra las que ha debido luchar en su perseverancia doctrinal, teniendo incluso que hacerse perdonar ante otras publicaciones científicas de signo contrario «para salvar a la escolástica del descrédito en que estaba en los principales medios intelectuales» pero, sobre todo, para «romper el silencio desdeñoso de nuestros adversarios». El corifeo periodístico de la escolástica belga resalta, a pesar de las contrariedades, los triunfos para hacer marchar la ciencia al ritmo de la religión, discutiéndose todas aquellas teorías opuestas al neotomismo también en Francia e Italia, donde ya se publican la *Revue de Philosophie* y la *Civiltá Católica*, respectivamente, ambas animadas por el programa de la neoescolástica.

Como fiel seguidor de las indicaciones procedentes de la Santa Sede, y advertido el éxito en otros países europeos igualmente amenazados por las corrientes materialistas, el suplemento hispalense no tarda en hacerse eco de las enseñanzas recogidas por el pontífice en la encíclica anteriormente citada. Su voluntad es, en este sentido, significarse él mismo como estandarte de esa conciliación esperada en el seno del catolicismo tolerante entre el progreso material y el avance moral de las sociedades modernas. Pero hay otra importante razón para dicho comportamiento y lo apunta también en el artículo arriba comentado P. C. PBRO., quien no duda en destacar el alto grado de aceptación del neotomismo en la nación hispana al objeto de «luchar con invencibles armas en contra de la plaga positivista»<sup>13</sup>.

De este modo, cuando la Iglesia advierte las nefastas secuelas de esta profunda transformación intelectual sobre su *autoritas* teocrática, se aferra al más invencible de sus argumentos para conciliar una existencia pacífica —pero siempre en un nivel superior— con unos adelantos técnicos difíciles de refutar. Como portavoz de los intereses católicos, el aforismo del discurso justificador abanderado por los ideólogos del suplemento literario convence por la contundencia de su tesis y deja nula opción a la duda: la religión está en posesión de la certeza, cualidad extraña para los racionalistas, a quienes resulta «imposible demostrar nada si se les exige partir de bases sólidas, sólo apoyándose en

---

<sup>13</sup> P. C. PBRO: «El movimiento neo-tomista» en ECA. N° L., 4 de marzo de 1901.

*falsos supuestos y merced a la conclusión que producen y al velo tupido que echan sobre las ideas con una palabrería bien poco filosófica.*

En consonancia con estos planteamientos, el autor del texto titulado sintomáticamente «Las contradicciones entre la fe y la ciencia» arrolla con la vehemencia de su discurso cualquier corriente alineada con la osadía de independizar la realidad físico-química de las verdades celestiales, pues nada existe sin que «*ab initio*» lo haya dispuesto Dios. Sólo la confianza en esta premisa garantiza la superación de las máximas impías reacias al basamento católico de las afirmaciones científicas, empleándose ufanamente los apóstatas en la detracción de la Iglesia como institución intelectual y desechando las fórmulas eclesiales como anacronismos para no revelar la carencia de razón en sus supercherías técnicas. Para El Amigo del Pueblo, responsable del mencionado artículo, la palabrería positivista ajena al dogma maquilla la ausencia de verdad en sus presupuestos al objeto de no revelar que con la admisión ciega de los últimos adelantos arruinan por completo la fe eterna. Con ello evidencian, además, su intransigencia pues «*ni admiten discusión sobre ella, contentándose con notar o dar por supuesto el hecho*». Paradójicamente, se critica en sus columnas a los racionalistas que empleen una estrategia sobre la cual el discurso católico apoya toda su justificación en este terreno, como es el encubrimiento de los hechos a verdades absolutas sin opción a debatir sobre las mismas. Si causa tanta molestia esta apropiación indebida es porque para los católicos sólo la razón divina goza de los atributos de certeza e infalibilidad de los cuales quieren ilícitamente apropiarse las doctrinas anticristianas.

Para completar su llamada de atención sobre el absurdo programa científico liberal, el apologista católico arremete contra las máximas que con tanto énfasis proclaman los impíos, a saber, «*que la Iglesia sostiene lo que la ciencia niega, y viceversa, que es verdadero todo lo que se nos regala en nombre de la ciencia contra la Iglesia*»<sup>14</sup>. Porque, ¿cómo demostrar, además, que lo que la ciencia dice es opuesto a la fe? ¿Cómo claudicar ante la nómina de rutilantes métodos técnicos que —aparentemente— todo lo conocen si gracias a la creencia religiosa el hombre puede superar la limitación a lo sensible, el criterio racionalista descansado en pruebas irrefutables («*Si no lo veo, no lo creo... Tal suele ser el criterio de los enemigos de la Iglesia Católica*»<sup>15</sup>), y obtener un conocimiento más verdadero de lo que le circunda y de lo que escapa a su comprensión en el orden de la trascendencia? ¿Cómo contentarse con la observación del universo infinito mediante un telescopio si el científico católico

<sup>14</sup> EL AMIGO DEL PUEBLO: «Las contradicciones entre la fe y la ciencia» ECA. N° L., 27 de agosto de 1900.

<sup>15</sup> «Criterio racionalista» en ECA. N° L., 14 de julio de 1902.



participa de esa magna obra divina cuyo conocimiento Dios le ha entregado mediante la revelación y a la cual puede acceder gracias a la oración<sup>16</sup>?

Refrendar las tesis vertidas por el autor oculto bajo el sobrenombre de El Amigo del Pueblo con el argumento de autoridad emanado de las palabras de un alto cargo de la jerarquía eclesial contribuye a eliminar, en este orden de cosas, cualquier posible vacilación en aquellos sabios tentados a apartarse en su labor de las verdades proclamadas por la Iglesia. A esta estrategia va a recurrir el discurso periodístico del arzobispado hispalense en su periplo para desacreditar las obras del pensamiento moderno, a las que la civilización debe la negación de Dios, en primer término, luego la intranquilidad de las conciencias, la inmoralidad de las acciones y, finalmente, la propagación libre del error.

En su comparación de la filosofía cristiana con la racionalista, el discurso leído ante la Academia Sevillana de Buenas Letras el 31 de mayo de 1874 con motivo de la recepción solemne como individuo de número del obispo de Jaén, el prelado certifica el papel de la creencia en el terreno científico al destacar que, si alguna ha sido la misión de la fe, es la de ilustrar al hombre en los datos que el conocimiento de inspiración pagana no ha podido enseñarle con multitud de libros a lo largo de muchos siglos. Asimismo, a la religión concierne rectificar las realidades naturales oscurecidas por la razón humana, perfeccionarlas y completarlas, elevando la inteligencia hasta la región sobrenatural con el objetivo de hacerle conocer los postulados que la enriquecen. En su disertación sobre la trayectoria del pensamiento humano, lamenta este miembro de la jerarquía que a partir del cisma de la Reforma lo verdadero se ha circunscrito a lo que a cada individuo aparece como fruto de su genio soberano y este principio de la autonomía racional (proclamado por Lutero en las materias religiosas y asimilado después por Descartes en el campo de la filosofía), ha ocasionado secuelas muy negativas en el desarrollo de la ciencia pues bajo su influjo «*se separó la filosofía de la Teología, la ciencia se alejó de la religión, y se dijo había llegado... la grande época de la emancipación del espíritu humano*». Sin embargo, desde la apocalíptica contemplación de estos acontecimientos, el prelado intuye que esta laureada conquista del genio del hombre no ha hecho sino negar públicamente a Dios, abandonar la Iglesia, degradar la razón humana e instaurar un hambre de verdad, al apartarse del conocimiento de las enseñanzas celestiales<sup>17</sup>.

Independientemente de que se traiga a la palestra a un personaje desconocido o un miembro de la alta jerarquía católica, lo que no ofrece ninguna duda en la reflexión del suplemento literario es el funesto efecto advertido tras los

<sup>16</sup> «Aspiración de un sabio» en ECA. N° L., 17 de febrero de 1902.

<sup>17</sup> OBISPO DE JAÉN: «La filosofía católica comparada con la racionalista» en ECA. N° L., 4 de diciembre de 1899.

relumbrones técnicos de esa perturbación intelectual adivinada por el catolicismo en un movimiento científico que, perdida su dignidad, se aneja al error y se emplaza en una posición contraria al desempeño de las sublimes funciones contenidas en las máximas del catecismo. Tales son los frutos del materialismo, del escepticismo y del racionalismo si se prescinde en el periplo científico de la religión, si en la confrontación de las hipótesis se obvia el argumento de contradicción entre éstas y las verdades reveladas, sobre todo porque de la observación inexacta se han deducido quiméricas consecuencias y engaños monumentales en el establecimiento de teorías incontestables.

Para el desconocido J.C., autor de la serie de celebridades católicas en el ámbito de la investigación publicada en el suplemento literario, *«este punto es esencial, no digo en pro de la Religión, pero sí de las ciencias»*, y tal es así que, por haber descuidado esta obligación, algunos sabios han gastado un tiempo inestimable que habrían podido emplear en descubrimientos más provechosos para la humanidad<sup>18</sup>. Para poder sentenciar con tanta rotundidad estas afirmaciones, J.C. debe estar plenamente convencido de la incompetencia científica liberal en su cometido de asegurar el verdadero progreso de las sociedades, hasta el punto de llegar a cuestionarse que, si el pensamiento analítico derribara la religión, ¿qué valores se pondrían en su lugar? La respuesta es evidente para el pensador católico: nada. Y por este motivo, con la misma vehemencia con la que se desplazó al cristianismo, augura J.C. que la fiebre técnica se calmará<sup>19</sup>, porque los errores de la ciencia liberal (la libertad de no pensar en nada, sumiéndose en la más completa ignorancia el espíritu humano; la libertad de pensar mal; la libertad de someterse al instinto y despreciar toda autoridad y tradición en el ámbito del conocimiento; la libertad de acomodar la verdad accesible a la evidencia; la libertad de no reclamar el entendimiento de lo inalcanzable por los sentidos) evidencian su incapacidad para descubrir lo sobrenatural. De este modo, un alma atormentada en pos de soluciones imposibles, como reclaman el materialismo y el nihilismo, manifiesta angustia y confusión por su impotencia al no comprender los misterios de la naturaleza y de la trascendencia<sup>20</sup>.

¿Qué puede argumentar la línea editorial del suplemento literario para desprestigiar, aún más si cabe, las obras del pensamiento moderno? Nada más sencillo en esta dirección que especular sobre las virtudes de la fe, pues la creencia en una solución traída por la revelación directa y asumida por el hombre religioso, que no sabe pero cree en una palabra sobrenatural, supera la impotencia de la razón humana a la hora de entender los problemas del verda-

<sup>18</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Testimonio de Gauchy» en ECA. N° L., 8 de enero de 1900.

<sup>19</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Guizot» en ECA. N° L., 15 de enero de 1900.

<sup>20</sup> «Libertad para el pensamiento» en ECA. N° L., 13 de enero de 1901.

dero origen y el fin de la realidad. Y ello es así porque el marco de referencia delimitado por lo sacro es tan abrumador que no exige ningún tipo de deducción para acceder a la aceptación de un demiurgo rector de la vida humana según las directrices de un plan divino. ¿Qué mayor certidumbre existe que la verdad no necesitada de demostración o elucubraciones del voluble razonamiento humano? En caso de que algún creyente se sienta tentado por contravenir dicho precepto, se le recuerda y se le llama la atención sobre el hecho de que la única ciencia infalible es aquella no necesitada de ser racionalizada, porque la creencia en lo revelado por la divinidad es algo esencial a la naturaleza humana. Mediante ella, sostiene la cabecera hispalense, se asimila espontáneamente la trascendencia al margen de los métodos tradicionales de indagación racional y empírica.

La religión se concibe, por tanto, como un corpus totalizador y omnicomprendivo que afecta a todo lo relacionado con el hombre, en tanto ser individual y colectivo, en tanto personaje terreno como trascendente, configurándose en la elaboración católica la primacía de la fe como vía de conocimiento y estableciéndose la mediación de la Iglesia para dotar de sentido cualquier descubrimiento en pro de la humanidad. Así delimitado, se entiende que la razón sea sólo una más —y no la más importante— de las capacidades del hombre, en quien deben armonizarse, bajo la batuta de la religión, el intelecto y las creencias, éstas últimas desplazadas en la cosmovisión materialista al ser lo observable lo único existente<sup>21</sup>.

Si desde el catolicismo están bien fijados estos puntos en su ideario, con el objetivo de atajar la adjudicación a la misma por parte del positivismo de «errores» jamás defendidos en las Sagradas Escrituras, es un deber de justicia y un homenaje a la certeza para *El Correo de Andalucía. Número Literario* reconocer y validar las vías de conocimiento de la doctrina católica, siempre en el camino de la verdad, siempre en beneficio de la humanidad. Y si la incontestable prueba de la certeza absoluta del conocimiento debido a Dios no fuera suficiente para los lectores del semanario y en ellos cupiera el más mínimo resquicio para la duda, los artículos consagrados a la defensa del modelo de ciencia cristiana intensifican sus justificaciones aludiendo al criterio de infalibilidad derivado de estar refrendadas sus decisiones por la suprema inteligencia de un Concilio Ecuménico o la excelsa palabra de un Papa como representante de todos los fieles. La elevación de los postulados católicos a normas supremas apartadas del error es la fórmula más adecuada en la tribuna periódica hispalense para reconocer que toda sabiduría emana de Dios y, por tan-

---

<sup>21</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Pasteur» en ECA. N° L., 22 de enero de 1900.

to, «*todo lo que no sea esto es producir confusión, es faltar a la justicia, es profesar poco respeto a la verdad*»<sup>22</sup>.

De este modo tajante concluye en sus páginas *El Correo de Andalucía. Número Literario* las diatribas en torno a los métodos de aprehensión de la realidad circundante: la ciencia se debe al Creador, Él comunica al hombre lo que es y no más, cuanto le rodea, su naturaleza, su vida, todo el medio ambiente donde se agita y desenvuelve. Dios aparece reflejado como causa incausada, primer motor del universo en sí mismo inmóvil, ser sumamente perfecto, inteligencia ordenadora en la teoría creacionista, principio en donde se identifican esencia y ser. Desde estos presupuestos, la ciencia sólo podrá ser útil siempre y cuando reconozca su natural postración ante el principio divino, porque sólo desde la humildad de esta sumisión se puede alcanzar la sublime verdad y el auténtico progreso, superando todos los obstáculos hasta conseguir la posesión de lo absoluto.

La humildad en el terreno científico es a su vez tan necesaria al hombre como difícil de conseguir, siendo éste el motivo del escasísimo número de verdaderos sabios que el mundo cuenta y del alto porcentaje de falsos propaladores de la ciencia errónea, calificados por Juan Flaviano Sánchez en su panegírico a la memoria del sacerdote Manuel de la Peña Fernández titulado «La ciencia y la humildad» como sigue:

Sabios a medias, eruditos que de todo hablan y a todos desprecian, llenos de presunción y fatuidad considéranse los privilegiados de la sabiduría y poseedores de toda verdad... Contemos antes las arenas del mar, las estrellas del firmamento y luego nos será dado enumerar esa turba de verdugos de la ciencia, tan hermosa, prudente, sencilla y pura y que tan mal parada queda en sus pecadoras manos <sup>23</sup>.

Según este retrato, quienes se amparan en el criterio materialista exclaman con aire de triunfo ante la Iglesia su racional y saludable sistema, se llaman a sí mismos sabios, gracia sólo otorgable por Dios, y se hallan interesados en que no fuera evidente la certeza del catolicismo, deslegitimado en la propaganda laicista como mito. Esta tendencia tan propia de los investigadores positivistas en su empeño por tergiversar las verdades reveladas mediante la palabrería técnica, conduce a la paradójica libertad de pensamiento reclamada por los científicos de la edad moderna, quienes, obstinados en proclamarla, no han sabido desprenderse del yugo depositado sobre su moral atea por la servidumbre a la razón, la lógica y la verdad, triunvirato del librepensamiento, «*señores de horca y cuchillo que ejercían un poder absoluto por derecho propio contra la voluntad del hom-*

<sup>22</sup> EL AMIGO DEL PUEBLO: «Las contradicciones entre la fe y la ciencia» en ECA. N° L., 27 de agosto de 1900.

<sup>23</sup> Juan FLAVIANO SÁNCHEZ, «La ciencia y la humildad» en ECA. N° L., 22 de julio de 1901.

*bre*»<sup>24</sup>; de un hombre que, en sana fórmula, hacía muchos siglos que había aprendido ya del catolicismo a pensar e investigar lo que se debía.

### 2.3. El modelo de sabio católico: de oscurantistas célebres a bienhechores de la humanidad

Si el primer paso en la estrategia contra la falsa ciencia impía ha consistido en delimitar cómo debe ser el verdadero conocimiento cristiano, la siguiente fase en el relato periodístico del ejemplar literario animado por Marcelo Spínola se encarga de retratar a los individuos de buena fe que, alentados por el bien de la humanidad y derramada sobre ellos la luz de la divinidad, se entregan a discernir la realidad mundana y, primordialmente, la trascendental en el seno de unas sociedades que caminan por los derroteros de la fascinación técnica y se dejan seducir por los oropeles materiales. En este sentido, los artículos contenidos en este apartado enumeran los requisitos que debe reunir todo sabio católico para, posteriormente, enardecerlos a que no desvanezcan en su lucha contra una ciencia bajo la cual subyace el mito del enciclopedismo revolucionario francés y del anarquismo intelectual, ambos tan funestos en la historia de la civilización.

En relación directa con lo analizado sobre el texto de Juan Flaviano Sánchez en el epígrafe anterior, es necesario recordar a los fieles el carácter irremplazable de la sumisión del genio racional a la autoridad celestial. En este sentido, y como se asevera rotundamente en las páginas del suplemento literario, la humildad del conocimiento debido a Dios no deja lugar a dudas de la cualidad del investigador católico, quien representa de manera absoluta y acabada el verdadero concepto de hombre de ciencia, un pensador participado de la inteligencia celestial que no espera el reconocimiento social de sus coetáneos ni ansía altos puestos ni dignidades ni honores. El modelo ideal de sabio cristiano, en el cual se unen con fuerte lazo la ciencia más sólida y la obediencia más sincera, es otro de los aspectos profusamente tratado en el semanario sevillano, donde se ensalza la abnegación de una larga nómina de personalidades que en incesante trabajo aportan los valiosos frutos de su saber y construyen los cimientos de la ciencia moderna para convertirse en bienhechores de la humanidad bajo la virtuosa inspiración divina.

Así, por ejemplo, se trae a colación la vida del ilustre padre Secchi, cuyo mayor triunfo es que *«habiendo demostrado, en efecto, el acuerdo perfectísimo entre la Religión y la ciencia, nadie ha osado disputarle la gloria que está unida a su nombre»*, y es universal el reconocimiento de su saber y su virtud,

---

<sup>24</sup> J. SELGÁS, «Libertad para el pensamiento» en ECA. N° L., 13 de enero de 1901.

respetándole los sabios y admirándole los ignorantes<sup>25</sup>. En la misma línea describe José Yáñez, asiduo articulista sobre temas científicos en el semanario literario católico, la vida del doctor Pasteur, quien vivió en un estado de entrega absoluta para los demás y a quien su catolicismo no impidió alcanzar grandes éxitos en sus labores profesionales, como dan muestras sus dedicaciones en calidad de renombrado químico, biólogo y bacteriólogo, profesor de la Universidad de Estrasburgo y de la Sorbona, decano de la de Lille, director científico de la Escuela Normal de París, o secretario del Instituto de Francia<sup>26</sup>. En honor de la memoria del distinguido personaje francés se magnifica que rechazara todos los argumentos del positivismo y rigiera su actividad con una emotiva humildad ante Dios, no creyéndose en posesión de vanos argumentos para investigar o reglamentar lo que estaba por encima de su conocimiento. Como intelectual, aceptó el método científico para penetrar en los secretos de lo invisible; como católico no dudó de los misterios de la divinidad, acatados por su sincera fe sin necesidad de recurrir a explicación racional alguna<sup>27</sup>.

Otros grandes pensadores no escapan tampoco a la elogiosa mención del desconocido J.C., quien firma numerosas semblanzas de insignes personalidades que han pasado a engrosar los anales de la ciencia por sus meritorios descubrimientos. De este modo aparecen retratados Kepler<sup>28</sup>, Newton<sup>29</sup>, Chevreul<sup>30</sup> o Veuillot<sup>31</sup>, martillos de la ciencia impía según el discurso católico y sabios porque de Dios recibieron la inteligencia para reconocer su grandiosidad con el positivo deseo de investigar bajo la «*poesía del cristianismo*», como se plasma muy acertadamente en la sección «*Celebridades Católicas*» a la hora de relatar el compromiso científico y moral de Francisco Hettinger, profesor de Teología de la Universidad de Wirtzburg y autor de la popular obra *Apolo-gía del cristianismo*:

Esta indecisión en las más altas cuestiones de la vida, la duda sobre las verdades fundamentales, morales y religiosas, gravita sobre el espíritu de las generaciones contemporáneas, como la gigantesca mole del Etna sobre Encelade; paraliza todas las fuerzas del alma y devora lo más precioso de la vida; porque sólo en una convicción profunda está el entusiasmo y la fuerza misteriosa que engendra las acciones elevadas de la vida del hombre... La duda sólo es poderosa para destruir; pero completamente incapaz de producir algo nuevo, y en general de crear cosa alguna<sup>32</sup>.

<sup>25</sup> «El padre Secchi» en ECA. N° L., 28 de mayo de 1900.

<sup>26</sup> YÁÑEZ, José: «El Dr. Pasteur» en ECA. N° L., 18 de septiembre de 1899.

<sup>27</sup> «En honor del sabio Pasteur» en ECA. N° L. 6 de octubre de 1902.

<sup>28</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Kepler» en ECA. N° L., 29 de enero de 1900.

<sup>29</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Newton» en ECA. N° L., 5 de febrero de 1900.

<sup>30</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Chevreul» en ECA. N° L., 12 de febrero de 1900.

<sup>31</sup> J.C.: «Ciencia y religión: Veuillot» en ECA. N° L., 2 de abril de 1900.

<sup>32</sup> «Celebridades católicas: Francisco Hettinger, profesor de Teología de la Universidad de Wirtzburg» en ECA. N° L., 20 de noviembre de 1899.

Para estas lumbreras científicas, el periplo investigador errado del libre pensamiento científico, además de no proporcionar una imagen global de lo que circunda al hombre, requiere un esfuerzo no exigido en la ciencia a la luz divina, donde basta a los sabios tener los ojos abiertos y quererlos abrir para ver y creer. Tan sencillo es para el católico investigar como disponer su ánimo y su inteligencia hacia los dos pensamientos impresos desde la infancia en su corazón, la religión y la patria. Por el contrario, quienes buscan la razón fuera de ellos acaban negando tanto la fe como la ciencia y, consecuentemente, se lanzan a la propaganda de doctrinas anticristianas aun a sabiendas de que son contrarias a su esencia, embelesados por la búsqueda de alabanza y fama<sup>33</sup>. Si estas cualidades describen a un pensador materialista, en una posición diametralmente opuesta se sitúa el católico, quien no busca la superficialidad de la popularidad presente sino consagrar sus descubrimientos a la gloria de Dios y colaborar en la salvación de las almas humanas<sup>34</sup>. Virtuosos en la ciencia y la moral, en un tiempo en el cual se afirma que la experimentación moderna conduce al ateísmo, estos sabios en busca de la verdad no han sentido la tentación de llamarse «escépticos» ante los valores trascendentes, porque tienen la convicción de la existencia de un ser divino que establece las leyes del mundo, de tal modo que el hombre y su pensamiento no se deben a la casualidad.

La referencia a los ilustres ejemplos formados en el catolicismo es sólo una ardid para advertir al lector que no se deje impresionar por los descubrimientos de la ciencia moderna y acuda siempre a la fe para conocer en profundidad los misterios físicos circundantes, porque una afirmación científica debe tener derramada sobre sí la luz de la eterna sabiduría. De este modo, las certezas divinas son imperturbables y no conocen fluctuaciones históricas por los vaivenes políticos de las sociedades, ora congraciadas con la teocracia ora con el liberalismo. Además, la negativa influencia de la duda racionalista, la incertidumbre ante el interrogante de qué es la verdad, subvierte los principios fundamentales sobre los cuales descansa el orden cristiano (donde cada individuo tiene su papel correspondiente), lleno de valiosas soluciones para la vida real de la sociedad y de engrandecimiento moral para el completo desenvolvimiento en el seno del organicismo católico.

Aunque las fronteras entre el sincero compromiso científico y el ilegítimo afán liberal estén, por tanto, de una manera diáfana establecidas por los ideólogos del suplemento, ¿qué puede hacer el creyente en caso de que se le tiente con las infundadas riñas de los filósofos sobre las cuestiones astronómicas, antropológicas y sociológicas colocadas bajo la clámide del progreso positivis-

<sup>33</sup> «Carta de Napoleón I a M. Champagny» en ECA. N° L, 18 de diciembre de 1899.

<sup>34</sup> Valga como muestra el siguiente texto titulado «La gallina de los huevos de boa», donde se da fe del capricho de los hombres extravagantes y deseosos de buscar la celebridad a toda costa. Véase ECA. N° L., 22 de octubre de 1900.

ta<sup>35</sup>? La única defensa que en este caso puede reclamar la publicación del arzobispado hispalense es no abandonar la fe, al objeto de desoír las peroratas de los falsarios profetas de la ciencia. Así lo hacen, por ejemplo, los expertos españoles en el Congreso de Munich<sup>36</sup>, donde se congregan importantes investigadores de todas las nacionalidades, pero similar credo, para dar muestras de la sincera tutela de los pensadores católicos, sólidamente establecidos en Alemania aunque del país germano sólo lleguen a la península los ecos del racionalismo, del panteísmo y del positivismo, «*cosas que a nuestros liberales se antojaron progreso, civilización y sabiduría*»<sup>37</sup>. Todos estos factores le sirven al discurso cristiano para ratificar *su* ciencia como teoría global que todo lo puede explicar y, por ello, las más renombradas sociedades intelectuales se sienten obligadas a distinguir la sapiencia de los fervorosos investigadores católicos, como es el caso de la «Distinción honorosísima» de la Academia de las Ciencias de París al astrónomo José J. Landerer. Con hechos como éste queda «*históricamente demostrado que la fe no está reñida con la ciencia, y que nuestra santa Religión no pone trabas al progreso en el orden científico, como a diario afirman los seudosabios de nuestros días*»<sup>38</sup>.

A la vista de estas argumentaciones, que la doctrina cristiana siempre ha marchado acorde con los adelantos de la ciencia es axioma tan evidente para la publicación como señalar que la verdad no vive con el error, porque los con-

<sup>35</sup> Éste ha sido el caso, por ejemplo, de las teorías evolucionistas, donde se mantiene un profundo desacuerdo entre la escuela espiritualista y la materialista cuando se trata de dilucidar el origen del hombre. La antropología mosaica impugna los errores de la moderna ciencia que mantiene, en sintonía con un exacerbado empirismo opuesto a la existencia de cualquier realidad fuera de lo sensible, que el individuo no es más que un episodio dentro del fenómeno evolutivo de la generación espontánea en la cual se ha gestado el universo. Es decir, que el hombre hecho a imagen y semejanza del Creador no simboliza más que un eslabón en la cadena zoológica, diferenciado de las demás especies por el desarrollo de algunas de sus facultades con respecto al resto de los animales. Sólo mediante el cultivo de la historia natural conforme a la exégesis cristiana del mundo se podrá restar solidez a estas teorías de inspiración naturalista, en clara alusión a las doctrinas evolucionistas de Darwin, «*en las que sus autores, perdida la fe, despojan al hombre de su naturaleza racional, no atribuyéndole más origen que una miserable cédula producto de la evolución espontánea de la materia inorgánica o un grotesco chimpancé*». Marcado con el sello de la bestia, el científico moderno conforme con esta tesis no podrá reconocer en la naturaleza las huellas de Dios y elevarse hasta el supremo conocimiento de Éste. Pero lo que preocupa aún más a los redactores del semanario es la vulneración moral deducida de quienes se dejan guiar por los presupuestos materialistas, porque una doctrina como la profesada por Charles Darwin y sus seguidores convierte a los ancianos, a los débiles y a los enfermos — individuos amparados y protegidos por la religión— en «*animales inútiles*» a los que «*la sociedad tendría la obligación de quitarles la vida*». Véanse «Así son los sabios» en ECA. N° L., 6 de agosto de 1900 y «Ecos y rumores: La ciencia sin Dios», 5 de febrero de 1900.

<sup>36</sup> «El Congreso de Munich» en ECA. N° L., 6 de mayo de 1901.

<sup>37</sup> «Celebidades católicas: Francisco Hettinger, profesor de Teología de la Universidad de Wirtzburg» en ECA. N° L., 20 de noviembre de 1899.

<sup>38</sup> «Distinción honorosísima» en ECA. N° L., 6 de mayo de 1901



flictos entre las ilegítimas religiones y las verdaderas ciencias o entre las falsas ciencias y la auténtica religión se han disipado a favor de los polemistas católicos, a quienes ha sido siempre fácil demostrar la íntima armonía entre la fe y la razón para eliminar la charlatanería científica.

#### *2.4. El portaestandarte católico del progreso científico y la refutación del positivismo*

Aunque armonizadas teóricamente ambas vías de conocimiento en esa recuperación del pensamiento tomista del cual al arzobispado de Sevilla se hace eco en sus columnas siguiendo las indicaciones pontificias, a ningún lector escapa a la vista de lo analizado que el discurso del suplemento literario aprovecha cualquier espacio en la publicación para proclamar la inexistencia de ciencia alguna al margen de Dios. Al ser Él la Verdad Absoluta, cualquier conocimiento debe desgajarse de la voluntad divina, del frondoso árbol de la cruz que ha brotado en la cumbre del Gólgota, del cual emana toda la verdad, la ciencia y la sabiduría, porque «*él es la verdad, y no hay verdad fuera de él; él es la ciencia, y no hay ciencia contra él; él es la sabiduría y contra la sabiduría sólo puede darse torpe ignorancia*». No es de extrañar el tono abiertamente radicalizado de estas afirmaciones en la pluma de Un Católico Español, autor del artículo donde se contiene esta glosa y firma habitual en el rotativo sevillano.

Bajo este seudónimo se esconde el intransigente magistral de La Hispalense, José Roca y Ponsa, censor del diario sevillano, quien a la hora de pronunciarse sobre la capacidad investigadora de los hombres animados por la pasión sin límites de su razón, ofrece en su artículo «La Redención» la imagen de unos sabios moralmente destruidos, perdida la rectitud de su voluntad, extraviados de la esencia divina, refractarios a la salvación eterna como bandera de la ciencia, del progreso, de la virtud, del amor y de la civilización. No hay otra libertad que la de hacer el bien, sacudido el pesado yugo del vicio y el genio del mal, porque en su «autonomía» cognoscitiva el hombre únicamente está sujeto a Dios. A la luz de estos planteamientos, e independientemente de las mejoras técnicas propiciadas por los avances materiales, no puede haber más progreso que el predicado en las Sagradas Escrituras, ávido por lograr el perfeccionamiento moral de la humanidad:

No hay otro progreso moral que el que nos predica Jesucristo desde la Cruz: no hay otro progreso científico contrario a la doctrina que nos enseñó Jesús: no hay progreso en la verdadera civilización de los pueblos, si no lo basan en la Redención: el primer paso para el progreso del esclavo es romper sus cadenas... y para la humanidad el hacerse salvar mediante la muerte del Salvador del mundo<sup>39</sup>.

<sup>39</sup> UN CATÓLICO ESPAÑOL: «La Redención» en ECA. N° L., 13 de abril de 1900.

Encontradas entre sí, por tanto, en potente conflicto, simbolizado magistralmente en esa oposición entre «La Cruz y el Telescopio» planteada por Cayetano Fernández y Cabello en su memoria presentada a la sección cuarta del tercer Congreso Católico Nacional, será la omnipotencia y la omnipresencia divina —la compleción del dogma al poseer el óptimo secreto de la vida eterna— las que mejor resuman el espíritu de las investigaciones científicas católicas, cerrando toda perorata especializada (indispensable para cualificar el discurso de la fe) con cualquier sentencia que exclame la magnificencia de la obra divina, el enorme poder de Dios y su majestad como creador del universo<sup>40</sup>. Así lo resuelve en otro de sus artículos El Magistral de Sevilla, para quien «*los descubrimientos de las ciencias físico-naturales, verdaderamente asombrosos, y sus aplicaciones a las artes, industrias, comercio, y comodidades de la vida, todo esto es de Cristo, porque todo esto es verdad, y Cristo es la verdad*»<sup>41</sup>.

Si sólo el catolicismo puede ser el portaestandarte de la ciencia, será en exclusiva él quien sepa dar y dé solución cumplida a estas cuestiones, enseñando que la vida presente no encierra todos los datos del problema humano y se impone buscarlos más arriba del horizonte de la naturaleza, en una eternidad futura en la cual se realizan los ideales de justicia, armonía y orden. En consonancia con esta perspectiva, el suplemento literario católico encuentra las razones idóneas para refutar una y otra vez esa ominosa corriente filosófica y científica denominada positivismo que, como apunta Martín Gonzalo, no es «*ni más ni menos, que la última forma del materialismo de siempre*», un errático sistema donde se prescinde de todo lo ajeno al orden empírico y que en su eliminación de lo absoluto excluye la ontología, el necesario estudio de las propiedades trascendentales del ser y la esencia divina del individuo. Como hijo natural de Augusto Comte, nieto de Kant, biznieto de Descartes y tataranieto de Lutero, el positivismo revive ahora en el siglo XIX en la escuela de Herbert Spencer, quien «*afirma que nuestros conocimientos son todos relativos, que entre la Religión y la Ciencia no puede haber nada común, que lo absoluto y lo divino trascendente están fuera del alcance de la ciencia, que la creencia en la inmortalidad del alma es una señal y efecto de la ignorancia primitiva*». Desde su más profunda barbarie, pues al no reconocer verdades absolutas se sitúa en pleno escepticismo filosófico y ateísmo teológico, la corriente positivista pone en duda todos los conceptos científicos tradicionales (causalidad, identidad, contradicción) y sus estudios quedan reducidos a meras colecciones más o menos curiosas pero exentas de espíritu analítico, porque se impone el criterio racionalista concretado en la máxima «si no lo veo, no lo creo».

<sup>40</sup> Véase, por ejemplo, «Variedades: ¿Dónde están las estrellas?» en ECA. N° L., 26 de noviembre de 1900.

<sup>41</sup> EL MAGISTRAL DE SEVILLA: «Para un balance» en ECA. N° L., 1 de enero de 1901.

«Honrosa ciencia la que nos relega al más abyecto y desesperante materialismo», lamenta el autor de este texto titulado «El Positivismo», en cuya opinión es preciso desprestigiar toda fórmula que abandona la comprensión de las verdaderas causas al centrar su atención sobre los hechos, pues ésta prescinde de los vínculos morales, suprime lo sobrenatural y lo sustituye por la indiferencia religiosa al dar carta de naturaleza a todos los cultos<sup>42</sup>. Con tanta ligereza en sus raíces científicas, no causa ninguna extrañeza las abominables consecuencias de tan grave fenómeno referidas en las páginas de *El Correo de Andalucía. Número Literario*, porque, aun cuando se pueda denominar al siglo XIX como el de los grandes prodigios científicos, ninguno de ellos ha conseguido solucionar ni uno sólo de los grandes problemas del alma humana. En consonancia con estas premisas, de nada sirven a la centuria que muere todas las invenciones técnicas si no consiguen cambiar el corazón humano, enseñar al individuo a vivir con esperanza y sufrir con resignación en espera de la recompensa eterna. Esta verdad es, sin comparación, «más indispensable a nuestra felicidad que el acetileno y el fonógrafo», aunque dichos avances se obstinen inútilmente en rebelarse para destruir los fundamentos de la cruz, simbolizados en esos dos frágiles pedazos de madera consagrados a la muerte de Cristo que la más poderosa dinamita de la ensoberbecida ciencia moderna jamás podrá destruir<sup>43</sup>.

La toma de partido de los redactores del semanario a la hora de reseñar las supuestas beneficiosas consecuencias derivadas del progreso material es una buena muestra de la beligerancia del suplemento en este punto, pues en sus páginas se sostiene que más aporta la fe al progreso de las civilizaciones que cualquier invento moderno. El panorama detallado en sus columnas sobre los avances científicos no puede ser más desolador, pues los atrevimientos del materialismo moderno no proporcionan un saber íntegro de la realidad al ignorar la existencia de realidades sensibles. A la luz de estas constataciones, no hay mejor fórmula para poner término a la argumentación de los ideólogos del rotativo que restar cualquier atisbo de utilidad si se obra en esta dirección. ¿Para qué sirve la ciencia entonces? ¿Qué diferencia existe entre el sabio y el ignorante? ¿Cómo despreciar o aceptar realidades a la luz de las investigaciones orientadas por el cristianismo o por el positivismo?

Para la apologética católica la respuesta a estos interrogantes ofrece, como no podía ser de otro modo, preclaros argumentos, porque el indocto apabullado por el materialismo creará gustoso todo lo que sabe, mientras que el verdadero sabio está convencido de que todo conocimiento sobre estas materias se halla actualmente inaccesible a su alcance, muy lejos y muy por encima de su comprensión humana, supeditada siempre a la inteligencia divina. Así, el sentido

<sup>42</sup> Martín GONZALO, «El Positivismo» en ECA. N° L., 19 de mayo de 1902.

<sup>43</sup> «El siglo que se muere» en ECA. N° L., 29 de octubre de 1900.

último de la disertación sobre la producción y conservación del saber difundida en las páginas de *El Correo de Andalucía. Número Literario* encierra en una sola cláusula su postura al proclamar certeramente que «*la vida no comienza y no termina acá en la tierra*», porque en sus prodigiosas maravillas los descubrimientos llevan a admirar más el poder de Dios y dilatar la gloria de su Verbo<sup>44</sup>.

Con estos postulados, es de entender que el positivismo se encuentre imposibilitado para cumplir la máxima cristiana de ensalzar a través del conocimiento la grandeza de Cristo, y en su lugar, por si no habían surtido efecto los anteriores argumentos para excitar la frontal oposición de los creyentes y arrancar el apoyo incondicional de todos los sabios católicos hacia las medidas adoptadas por la jerarquía, las páginas del suplemento se hacen eco en su campaña de las espantosas características de unas sociedades dominadas por el espíritu exacerbado del materialismo, en las cuales se considera ley la voluntad de la nación y la verdad como expresión de la mayoría de los ciudadanos, donde se aboga, además, por la secularización del conocimiento y la moralidad intelectual.

Tales son las naturales consecuencias enumeradas por la publicación de Spínola para sensibilizar a los fieles que todavía no se hayan dado por aludidos del daño causado a la fe por la connivencia con las máximas del pensamiento desviado de la sana razón. La dramática reseña animada desde el suplemento sobre estos fundamentos de tipo subversivo contribuye a instaurar y consolidar la beneficiosa idea para la óptica católica del manifiesto rechazo de una revolución animada por el positivismo, que precipita al hombre a toda clase de delitos y vicios (politeísmo, poligamia, esclavitud, escepticismo, indiferentismo, insanos delirios del amor libre, negación de la libertad, etc.) y causa la destrucción moral y la degradación de la ordenación social.

El retrato de esta situación es ciertamente trágico en la coplilla de Luis Ram de Viu, titulada con gran acierto «El siglo muerto», donde el poeta y periodista moral colaborador de *Barcelona Cómica*, *El Gato Negro*, *El Correo Catalán* y *La Ilustración Española y Americana*, da muestras, una vez más, de sus habilidades en el uso de la sátira para defender la fe y perseguir los malos hábitos, tocándole esta vez el turno a la ciencia positiva que, bajo los efectos de la embriaguez, «*trastornó su cabeza soberana; y orgulloso de haber aprisionado las fuerzas, la luz y la palabra despreció las verdades que no pudo analizar en sus retortas mágicas ni resolver en frías ecuaciones con los fatales cálculos del álgebra, y tropezó y cayó groseramente en un positivismo sin entrañas que hizo de la virtud un embeleco y del hombre una máquina, sin más Dios ni con-*

---

<sup>44</sup> J.C.: «Ciencia y religión: J. B. Dumas» en ECA. N° L., 30 de abril de 1900.

*ciencia que el estómago, la póliza y la fábrica*». Por ello el autor concluye, tras hacer un desafiante repaso a todas las innovaciones arrojadas por el positivismo y ante las cuales los hombres se asombran como necios (el fonógrafo, las «*gigantes alas de la electricidad y del calórico*», las «*agujas de platino que postran el rayo*», etc.), que este siglo de luces para muchos sólo arrastra oscuridad e ignorancia, pues ha arrancado del individuo la fe, la caridad, la oración y las esperanzas de elevarse en su conocimiento hacia Dios<sup>45</sup>.

A la vista de estos sobredimensionados efectos, el discurso católico encuentra el contexto adecuado para hacer evolucionar sus estrategias discursivas de la natural convivencia entre razón y fe (así se recogía, en teoría, en la literatura epistolar de la época) a la absoluta incompatibilidad entre los descubrimientos materiales y los avances en materia religiosa, porque cada conquista en la esfera del progreso no ha ido, en absoluto, acompañada de un paso hacia Dios, ni de una generalización del ideal de felicidad cristiana, sino todo lo contrario. Para Ángel Galán y Domínguez, cuanto más se dilata la inteligencia humana por una aberración inconcebible, «*el hombre descarta más a Dios*». Esto explica la índole del siglo XIX, centuria de las más hermosas conquistas intelectuales y siglo de retrocesos morales y religiosos, como dedica en su epitafio al mismo el autor:

Siglo de las grandes contradicciones. En él se han mezclado y confundido las adquisiciones más preciosas, con las mayores pérdidas y ruinas. Gigante, inmenso en el desarrollo de los intereses terrenos. Pímeo, menguado, raquíto en el culto a la vida del espíritu. Jamás la historia presentará más desolaciones en el orden moral, en la esfera del derecho público, internacional y privado y en el campo de las ideas religiosas<sup>46</sup>.

Con este desolador panorama, pudiera parecer que a los ojos de la apologética católica no hay esperanza para recuperar la humanidad en la fe y la piedad profunda, pero las respuestas de los prelados y seglares no aspiran a quedarse en el nivel de la teoría sino a concretarse en medios adecuados al objeto de contrarrestar la acción positiva y erigir la fe como brújula que orienta el conocimiento científico. Sólo así serán dichosos los creyentes que naveguen en el incierto mar de la investigación y podrán llegar al buen puerto del patrimonio religioso, donde no hay resquicio para las especulaciones. De este modo, desde su natural inspiración, sin cortapisas de una no poco sospechosa libertad, el raciocinio humano es capaz de discurrir en los límites de la recta voluntad, sin negar la ciencia en nombre de la ciencia misma como hace el positivismo.

Frente a la quimera de la evidencia inmediata, la solución a estos problemas consistirá para el catolicismo en anular la propagación de la impiedad acu-

<sup>45</sup> Luis RAM DE VIU, «El siglo muerto» en ECA. N° L., 21 de enero de 1901.

<sup>46</sup> Ángel GALÁN Y DOMÍNGUEZ, «Esperanza» en ECA. N° L., 1 de enero de 1901.

diendo al origen del problema, la educación moral de los espíritus que en su juventud y madurez se entregarán al sano ejercicio de la ciencia. El remedio se localiza, por tanto, en la intervención en la enseñanza para alejarlos de la mala influencia de las doctrinas dominantes y orientarlos hacia el aprendizaje de las lecciones del catecismo. De ahí la necesidad de instituir y proteger escuelas y círculos para evitar que cualquier individuo viva alejado de su esencia más íntima; de ahí la urgencia entre las filas eclesiales por controlar el sistema educativo, convirtiendo esta cuestión en un grave problema de índole nacional —otro más—, terreno abonado para la polémica entre los espíritus más reaccionarios y los más progresistas.

### 3. CONCLUSIONES

Nuestro estudio de las composiciones incluidas en *El Correo de Andalucía. Número Literario* ha permitido desvelar que, más allá de la divulgación de planteamientos científicos posibilistas encuadrados en la corriente neotomista recuperada en ese florecimiento de la neoescolástica experimentado en la segunda mitad del siglo XIX, los relatos y las poesías, los perfiles biográficos de insignes sabios católicos y sus ejemplarizantes vidas, etcétera, son, en realidad, canales adecuados en la misión eclesial de recordar a los fieles los presupuestos básicos y los valores sobre los que descansa la ordenación demandada por Dios y defendida en la tierra por su Iglesia. De este modo, cada paso que avanzamos por el universo ideológico construido en las páginas del suplemento hispalense en torno a la ciencia sirve para constatar —y ratificar— el más importante de los puntos del ideario católico enarbolado por los prelados y los seglares en su cruzada contra la modernidad. Nos estamos refiriendo, como no podía ser de otro modo, a la valoración del individuo desde una perspectiva exclusivamente religiosa y a las consecuencias derivadas de dicha premisa: la sumisión de la razón humana al misterio del Creador, la aceptación sin ningún atisbo de duda de la palabra divina y las funciones reservadas en el plan celestial a todos y cada uno de los hombres, como decreta el organicismo aceptado en los límites de la ciudad ultraterrena.

Paralelamente, se desvalorizan esas otras propuestas que han tratado de desplazarlas, en referencia a las premisas altamente sediciosas para el *ordo* católico como son la autonomía racional, la libertad del espíritu, y, en definitiva, la dignificación del individuo y de su genio soberano en su estricta condición humana. El enfrentamiento entre ambas cosmovisiones en el terreno intelectual se salda en las páginas del suplemento literario, como era de esperar, con la inevitable victoria de la verdad de la fe. Queda denigrada consecuentemente la opción del progresismo y su correlato científico, el materialismo exacerbado hasta límites imposibles por el ensoberbecido positivismo de finales

del siglo XIX, que encuentra adeptos en todas las capas sociales por sus promesas de mejorar la existencia terrena aun a costa de sacrificar la recompensa de la felicidad eterna prometida por Dios.

En su concepción católica de la ciencia, el suplemento recurre a todo tipo de razones para dejar constancia de la oposición a este sistema de conocimiento reacio a re-cristianizarse, es decir, a volver a su primigenio origen cristiano, y que en su aperturismo hacia los anhelos de mayor racionalización se está contagiando de un espíritu absurdamente refractario a la existencia de Dios, obsesionado por difundir el odio implacable a todo lo sobrenatural como fruto de su ignorancia y su impiedad, aun cuando no procede esta negación. En una época como la presente, según la Iglesia, en que por parte de unos cuantos degenerados moralmente hay el empeño de que aparezcan divorciadas la religión y la ciencia, importa a los prelados y a los fieles recabar para el catolicismo la paternidad de los grandes descubrimientos de la humanidad porque *«la Ciencia sin Religión es un caos; un laberinto en el cual se pierde sin remisión el investigador»*. Así de superior puede considerarse la ciencia cristiana, porque ella está en posesión de la verdad irrefutable, en oposición al deslumbrante magisterio positivista, el cual no repara en los errores cometidos en sus inventos y en los graves trastornos ocasionados toda vez que no se orientan acertadamente las energías investigadoras y, ya por descuido, soberbia o perversidad, dejan de guiarse por la luz de la fe.

Tras el análisis de los textos donde se abordan los planteamientos de tipo científico e intelectual en las sociedades modernas, lo más sobresaliente es que, en su particular cruzada propagandística contra las ideologías revolucionarias en el marco de la cuestión religiosa española finisecular, caracterizada por el fraccionamiento institucional de los católicos y las acciones violentas de los anticlericales, el suplemento se sirve de un vasto repertorio de recursos periodísticos y literarios anclados en la temática y la retórica apologética y anatematizadora de la primera mitad de la centuria decimonónica, sin evidencias de la renovación discursiva esperada como resultado de la maduración ideológica correspondiente a la profunda remoción doctrinal acometida por León XIII en su papel de papa contemporizador con las premisas liberales y asumida, en cuanto a declaración de principios se refiere, por Marcelo Spínola en su cometido de hacer saber a sus lectores la actitud a adoptar ante las rutilantes innovaciones técnicas de una ciencia peligrosamente materialista y alejada de las máximas ontológicas requeridas desde la visión cristiana.

De este modo, a finales del siglo XIX y principios del XX, se apuesta en este ejemplar concreto de la «Buena Prensa» en la escena publicística sevillana por la no re-elaboración retórica eclesial, por la «teologización» de la oratoria desde el moderno púlpito de los medios de comunicación sobre la base de la

verdad absoluta, desatendiendo una realidad sustancialmente modificada por nuevas fuerzas y actores sociales que reclaman estrategias comunicativas adaptadas a los elementos de su paradigma explicativo y a las evoluciones cada vez más laicas de su pensamiento. Con este anacronismo a la hora de plantear sus estrategias de lucha contra teorías, hipótesis y conclusiones imbuidas de la secularización contra la cual se ha tratado de luchar desde el siglo XVIII, la archidiócesis sevillana triunfa en su misión de hacer realidad los puntos del reglamento del Congreso Católico hispalense en lo referente a su sección cuarta, dedicada al estudio de los asuntos de carácter científico-religiosos, poniendo en relación directa los modernos descubrimientos astronómicos con la doctrina revelada, emitiendo juicios críticos sobre las investigaciones protohistóricas en sus conexiones con la doctrina católica, resaltando los funestos efectos de la sociología moderna, impugnando los errores opuestos a la exégesis cristiana del mundo, etc., disponiendo, en definitiva, los medios prácticos para promover el estudio y la difusión de la filosofía de Santo Tomás de Aquino, a través de la fundación de academias científico-religiosas y el fomento de revistas para defender el dogma católico contra los ataques de la falsa ciencia.

Pero fracasa en su contemporización con una ciencia capaz de perfeccionar el orden natural al conocer en profundidad los vericuetos de lo sensible y librar al hombre de la incertidumbre ante realidades trascendentes que amenazan constantemente su entendimiento. De este modo, si la razón objetivamente argumentada llega a conclusiones incompatibles con el dogma, como podría darse el caso, éste aparecerá en su cualidad de máxima norma para acreditar la falsedad de dichos planteamientos y reconducir los protocolos de investigación hacia el recto camino del saber teológico. En estos términos se tiene por imposible un conflicto real entre los hallazgos del raciocinio (capacidad humana situada siempre por debajo de la fe, no lo olvidemos) y las exigencias de la moral cristiana.

Con esta actitud, la religión niega la conquista capital del individualismo moderno, fundamental para entender el paso de la ideología clerical a la secular y laica, como es la capacidad del hombre de servirse de su intelecto para explicar y conocer cuanto le rodea. Una razón que, a decir de la apologética católica, se ha revelado en su más patética irracionalidad porque elude su necesario sometimiento a las directrices de la fe y la virtud católica, invirtiendo el orden natural y ocasionando más perjuicios que ventajas como consecuencia de las oscuras fuerzas inyectadas por doctrinas subversivas en las cuales se patrocina el conocimiento puramente terreno y se expulsa con aberración a Dios.